

lee con alivio la joven literatura latinoamericana centrada e interesada en otra temática. La novela de Carlos Franz (Ginebra, 1959) vuelve a lo sabido y conocido: la narración de una tragedia personal y otra colectiva en la que sueños, ilusiones y esperanzas se quiebran y desmoronan. Su autor se detiene en una de las páginas más negras de la historia chilena: la dictadura que sucede al golpe militar que derribó a Allende. Más concretamente en lo que ocurrió en Pampa Hundida, un lugar en el que se cometieron algunos de los más terroríficos crímenes siendo Laura, la protagonista, jueza en funciones y habiendo vivido una relación sadomasoquista con un coronel asesino. Para dar respuesta, Laura, que vive en Alemania, regresa después de 20 años al lugar de los hechos. Un viaje que es, en cierto modo, una vuelta a los orígenes, pero, también, una búsqueda de hacer justicia, un deseo de enfrentar los fantasmas y de reparar los errores cometidos. De esta manera, aparecen, uno a uno, todos los implicados, todos los que saben y callan. Ello da lugar a la aparición de subtemas: la tendencia a evitar la verdad; la perversidad de que es capaz el ser humano; la impotencia; la expiación; la vergüenza; la culpa; la inutilidad de la esperanza; las raíces de la sumisión, la humillación y el exterminio sistemático

en nombre de una ideología; pero, también, como señala el autor, *El desierto* es una novela «sobre la transición, la memoria y la justicia». No podía faltar la recurrencia al sincretismo religioso, a los mitos y tradiciones populares, como la fiesta de la Diablada que expresa los más profundos sentimientos a través de la máscara - curiosamente, la idea omnipresente en la novela es que la historia enmascara determinados sucesos, de ahí que resulte una farsa como la propia celebración-Fiesta que, por otro lado, está impregnada de un trasfondo de terror como resume la frase inicial de Nietzsche.

A pesar de que este libro viene avalado por Carlos Fuentes, uno de los integrantes del jurado que otorgó a Carlos Franz el premio de novela La Nación-Sudamericana, hay que decir que sobran páginas en esta novela reiterativa, densa en metáforas y de ritmo excesivamente lento que conjuga dos voces: una 3ª persona y la carta que Laura escribe a su hija contándole lo sucedido en Pampa Hundida, espacio inspirado en lugares imaginarios y reales como La Tirana «una ciudad santuario muy potente en símbolos, donde en las fiestas la gente se disfraza de diablos», como señala el autor de *Santiago Cero*.

Novela ambiciosa, fundamentalmente de ideas, que conecta,

también, con el género policiaco, erótico y fantástico en una historia que funde el destino individual y el de una nación.

Milagros Sánchez Arnosi

El área pequeña, Miguel Manrique, *Entrelíneas Editores. Madrid 2005. 220 pág.*

Miguel Manrique, periodista colombiano, lleva unos cuantos años residiendo en España. Colaborador en distintos medios informativos impresos, tanto españoles como de su país, actualmente trabaja en televisión, en Dos Mundos Producciones, para distintos canales de Hispanoamérica, y en la cadena Telemando que, en lengua castellana, emite para los Estados Unidos y resto del continente. Entre crónica y crónica, entre reportaje y reportaje, Manrique ha encontrado tiempo para escribir una novela centrada en el mundo del fútbol. No existe mucha narrativa que tenga al fútbol y sus futbolistas como protagonistas. Es curioso, pero es así. Periódicos y televisiones disponen de un buen número de páginas o minutos, para contamos lo que sucede en los estadios, los entrenamientos, las lesiones, los

fichajes, las declaraciones de entrenadores, jugadores, directivos... ¡Hasta recibimos información de cómo van las ventas de localidades, con imágenes o fotos del público ante las taquillas, para el próximo partido! Y sin embargo, la novelística en general, se ha olvidado del fútbol, salvo en contadas y raras excepciones.

El protagonista de la novela de Miguel Manrique es un portero de fútbol. Dicen los que saben de fútbol, que los guardametas son unos seres diferentes. Se habla de la soledad del portero entre los tres palos que debe saber conservar sin que ese imaginario espacio sea traspasado por el balón. Si el partido va bien para su equipo, los guardametas ven el encuentro desde lejos, con sus defensas casi metidos en el terreno del rival. Están solos. Ni siquiera acuden a abrazarse con el resto de sus compañeros cuando uno de ellos ha marcado un gol. Lo festejan en solitario dando, a lo sumo, un salto de alegría. Por el contrario, cuando las cosas van mal y es su equipo quien pasa apuros, él será el único responsable de los goles encajados. Los errores de los porteros son decisivos, mientras que los de sus compañeros son olvidables. Las cosas son así. Y siguen diciendo los expertos en la materia que, precisamente por

todo lo ya escrito, esos hombres son seres diferentes, que nada tienen que ver con el resto del equipo.

Así las cosas, Manrique nos cuenta la vida de un guardameta, sus depresiones y sus euforias, su doble vida sentimental, en este caso. Y además, sus locuras, sus reacciones humanas fuera de todo sentido de la lógica. Porque la rareza de estos individuos no se sabe si es producto de su posición en el terreno de juego o si es la rareza que hay en ellos, la que les lleva precisamente, a ser porteros de fútbol.

Manrique utiliza lenguaje periodístico en toda la narración. *El área pequeña* es un reportaje, género que desgraciadamente se va perdiendo en el periodismo escrito. Un reportaje que nos habla de la soledad del guardameta, de sus fracasos y triunfos, que unos y otros se trasladan a su vida privada, llena de altibajos y depresiones, de amores y desamores, de sexo y rechazo. Y cuando el narrador habla de un partido de fútbol, su lenguaje periodístico es el de la crónica. Es decir, estamos ante la novela de un periodista que no sé si ama el fútbol, pero que, por lo que se deduce, sí lo conoce desde dentro. Novela para leer del tirón.

José María de Juana

El pergamino de la seducción, Gioconda Belli, Seix Barral Novela Histórica, Madrid, 2005, 336 pág.

«Que la reina está loca y nadie debe saberlo.» Así se justificaba en la España del Renacimiento el encierro de la bella y lúcida y rebelde Juana de Castilla en un antiguo palacio de Tordesillas, cerca de Valladolid. Monstruosidad que duró 47 años, entre los 29 y los 76 de esta mujer única en su tiempo.

Juana nació en 1479 y murió en 1555. Hija de Isabel la Católica y Fernando de Aragón, esposa del archiduque de Borgoña y señor de Flandes Felipe el Hermoso, y madre de quien acabaría arrebatándole el trono, Carlos I de España y V de Alemania, fue transformada en «medio bruja, medio maga» (de acuerdo con la frase que Virginia Woolf dedicó a «las mujeres de gran talento», como Juana, nacidas en el siglo XVI, y que la autora cita en la primera página) merced a una conspiración triangular de la que formaron parte su padre, su marido y su hijo. Cada uno de ellos, obedeciendo a sus singulares intereses de poder, maquinaron y mantuvieron con celo propio de hienas la historia de su «locura».

Tenía que ser una mujer —la nicaragüense Gioconda Belli (Managua, 1948)— la encargada

de restablecer la verdad, cinco siglos después, y por medio de la «ficción» histórica. Aquí, Juana asciende desde la infinita opacidad en la que, por segunda vez, la encerró la Historia, y brilla para nosotros gracias al poderoso foco con que la ilumina Belli.

La iluminación es total. Hermosa y altiva, esta reina destinada a no reinar es de una absoluta espontaneidad para una época que no la admitía (sobre todo, en las mujeres), libre hasta la obcecación, frágil y fuerte a un tiempo y, lo más escandaloso, de un instinto sexual y un sentido del erotismo desbocados. Su relación amorosa, salvaje, con Felipe es pintada como pocas veces se ha hecho en la literatura escrita por mujeres.

En la España de la Inquisición, el destino de Juana estaba sellado. El primero en poner los cimientos fue, paradójicamente, el propio Felipe, dispuesto a reinar en su lugar, para favorecer los intereses flamencos en detrimento de los castellanos y sus propias ansias de poder. Entre otras cosas, Felipe ordenó al español Martín de Moxica que anotase en un legajo todo lo que ella hacía o dejaba de hacer. Por ejemplo —cuenta Juana—, «como si de un delito se tratase, que yo me bañaba varias veces al día, me lavaba los cabellos a menudo y mis habitaciones flotaban en un aroma de almizcle

tan intenso que a duras penas se podía respirar». Felipe enviaría esta relación a los padres de la princesa heredera, «pensando probarles así que yo estaba perdiendo no sólo el juicio, sino el sentido del bien y del mal».

La autora, quien en su adolescencia vivió en un internado de Madrid, traslada su experiencia de entonces a un *alter ego*, Lucía, coprotagonista, en otro plano temporal —el de los años sesenta del siglo XX—, de la narración. Al conjuro de la voz de Manuel, un profesor de historia español que la seduce por partida doble, contándole la tragedia de Juana y ganándose para sí, Lucía describe e interioriza por completo el ciclo vital de la princesa «loca» hasta el punto de que, en ocasiones, no sabrá distinguir el tiempo real en que vive del tiempo desde el que se le narra, como suele ocurrir con los buenos lectores de buenas novelas históricas. Aunque ésta, más que buena, es perfecta.

En el internado las alumnas escriben cartas por la noche, bajo el escrutinio de la madre Sonia: «Sus pasos —recuerda Lucía— apenas hacían ruido, como si levitara, pero la pesada tela del hábito al desplazarse, las cuentas del rosario dándose unas con otras, y el penetrante olor a lana que desprendían sus vestimentas dejaban surcos en el aire como los de una